

bo de ésta te halles con la cabal salud que yo deseo para mí.

»Nosotros buenos, á Dios gracias, echándote mucho de menos, y también al señor cura.

»Sabrás cómo Tiburcio quedó muy sentido y muy triste con tu ausencia, y se resolvió á cortejar á María, la hija del herrero; pero no podía olvidarte y se iba quedando flaco. Al fin, como no es de despreciar, tanto ella como su familia le buscan y le hacen mil zalamerías, y al cabo no sé lo que sucederá. Hiciste demasiado por tu padre, que nunca hizo nada por tí, y muy poco por él, que tanto te quería.»

—¡Esta carta no la ha visto su madre!—exclamó Teresa llorando y dejando caer el papel sobre sus rodillas,—porque una madre no me diría que he hecho demasiado cumpliendo mis deberes de hija! ¡Ah! siempre he sido juzgada con dureza, y no es ahora cuando debía yo esperar justicia.

Teresa dejó correr sus lágrimas por algunos instantes; sin embargo, en su interior, una voz celestial le decía como un himno de consuelo:

—Has cumplido con tu deber, y para tí hay un premio en el cielo y una verdadera é inmutable justicia que todo lo resarce, que todo lo ve y lo premia. ¡Allí está la recompensa de tu valor!

XVI

Como un año después de estos sucesos, y en una noche en que la maestra florista se hallaba, acompañada de Teresa, terminando una obra importante, llamaron á la puerta de la calle.

Eran ya las doce.

Teresa, por un movimiento maquinal, quiso levantarse para ir á ver quién llamaba; pero la dueña del taller la detuvo y le dijo:

—Es muy tarde; yo abriré.

Y acercándose á la puerta, preguntó en alta voz:

—¿Quién llama?

—Gente de paz,—respondió una voz de hombre, evidentemente anciano, pues estaba muy cascada.

Teresa se estremeció al oír aquel acento, dejó su labor y se levantó.

—¿Qué se le ofrece á usted?—preguntó el ama de la casa.

—¿No hay aquí una joven que se llama Teresa?

—¡Mi padre!—gritó ésta.—¡Abra usted, señora, abra usted por Dios!

La florista recorrió el cerrojo, y un anciano,

con un hábito de peregrino, apareció á los ojos de las dos mujeres.

Llevaba una barba blanca, y se apoyaba en el bordón con aire fatigado, pero radiante y feliz.

Teresa corrió á echarse en sus brazos.

—Ya estoy aquí limpio de mi culpa, hija mía —dijo Juan Pedro.—El gran penitenciario me ha absuelto, y vengo á pie para cumplir la primera parte de mi penitencia. Ahora que ya no soy un malvado, permítame que te bendiga, hija mía, ¡ángel de mi guarda, consuelo de todas mis penas! Esta noche pasaré algunas horas á tu lado, y mañana te dejaré para cumplir el resto de mi expiación.

—¡Dejarme! ¡Yo no quiero abandonar á usted, padre mío! —exclamó la joven;— ¡yo quiero seguirle por todas partes!

—Es imposible, hija mía, que me sigas á donde voy.

—A donde quiera que sea, iré con usted, padre mío.

—Te repito...

—Pero ¿qué terrible sitio es ese?

El peregrino paseó en torno suyo una mirada para ver si le escuchaba la florista; pero ésta había salido de la tienda con el objeto de no turbar al padre y á la hija.

—Teresa—dijo Juan Pedro dejándose caer en una silla que la joven le había aproximado,—tengo que volver á nuestra aldea.

Los ojos de Teresa brillaron de alegría; la pobre gritó:

—¡Iré con usted!

—¡No, hija de mi alma! Allí he de cumplir mi penitencia. Durante tres años, he de pedir limosna á la puerta de la casa de tu abuela, donde cometí el crimen; no he comer otro pan que el de la caridad, y he de dormir en el suelo en todo tiempo y á la misma puerta, rezando una parte de rosario cada noche á las doce, en cuya hora murió la infeliz anciana.

—Padre—dijo Teresa sin vacilar un instante,—iré con usted: á su lado me verán los que le den limosna; comeré con usted el pan de la caridad, y por la noche rezaré con usted por el alma de mi abuela.

—Hija, ¿qué dices?—exclamó el peregrino,—¿á qué conduce ese inútil sacrificio? Tú eres un ángel, yo soy un pecador: déjame expiar mi culpa, y pasados tres años, si aún vivo, iré á habitar á tu lado. ¿Aún no sabes que he de hacer el camino pidiendo limosna?

—Pidiendo limosna iremos los dos.

—¡Imposible, Teresa, imposible!

—¿Por qué?

—Porque no quiero que participes de mi suerte.

—Y yo quiero participar de ella, y á pesar suyo, le seguiré á usted. ¿Cómo le había de abandonar cuando va á verse más desgraciado que nunca, puesto que ahora se va á saber su crimen?

—Por eso no quiero que me sigas. Hasta hoy, era desconocido el asesino de tu abuela y ladrón de su fortuna; ahora, al verme á la puerta de su casa, después de haber estado en Roma, todos sabrán que soy yo, y mi infamia caerá sobre tí... ¡Oh, eso, hija mía, jamás!

—Yo acepto esa infamia antes que dejar á usted abandonado—repuso con resolución la heroica joven.—Poco me costará—añadió con los ojos llenos de lágrimas:—la única persona cuya estimación hubiera yo anhelado conservar, estará ya casada con otra.

—¿Esa persona era Tiburcio?—preguntó el peregrino:—Ten esperanza, hija mía, porque Dios colma á los buenos hijos como tú de prosperidades aun en este mundo.

Al rayar la luz del alba, Teresa hizo un lío de su ropa; puso en una bolsita de seda sus ahorros de un año, y dando el brazo á su padre tomó con él, á pié y mendigando, el camino de su aldea.

Cuánto sufrió aquella pudorosa, delicada y sensible joven, no es fácil explicarlo.

Cuando llegó á Cabañas, ya no era su semblante el mismo que poco antes ostentaba tan rara y exquisita belleza.

La palidez le cubría y parecía abrumado de dolor y de fatiga.

Don Benigno, que desde pasadas las fiestas de la Semana Santa había regresado á la aldea, salió á recibir al padre y á la hija, y los abrazó con su acostumbrada paternal ternura.

—No es tan pesado el castigo como usted supone, amigo Juan Pedro—dijo al oído del penitente:—he obtenido del bondadoso Pontífice que implore la caridad pública durante tres años, no á la puerta de la casa de Lorenza, sino á la puerta de la casa de Dios. Pasará usted ese tiempo en el pórtico de la iglesia: de ese modo, su nombre y el de sus hijos queda libre de la infamia, y aquella desgracia sumergida en el secreto más profundo.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó Teresa.—El ver sufrir á mi padre el desprecio de las gentes, era superior á mis fuerzas.

—¿Y Tiburcio?—preguntó Juan Pedro mirando á su hija.

—Se fué á cumplir su suerte de soldado, á pesar de mi deseo de libertarle.

—¡Soldado!—repitió dolorosamente Teresa;—¡y si le matan!... ¡Ah! ¡más quisiera hallarle casado con María!

—¡Mentirosilla!—murmuró don Benigno estrechando la mano de Teresa.—Soldado y en América, puede volver con mucha fortuna; porque le espero: he buscado el secreto para los extravíos de tu padre; espera tú también y recuerda que Jesucristo ha dicho: *Pedid, y se os dará.*

XVII

Como un año más tarde, un pobre entierro salía de una casita situada en uno de los barrios del Norte de Madrid.

El ataúd iba conducido por cuatro pobres de San Bernardino; algunos otros alumbraban, y detrás del cadáver caminaba, cubierta de luto y llorando, una hermosa joven.

A su lado, acompañándola y consolándola con palabras dulces, que pronunciaban en voz baja, iban dos mujeres del pueblo cubiertas con sus mantillas.

—Vamos, Anastasia, hija, que es ofender á Dios el desconsolarse así—dijo una de ellas:—todos hemos de morir.

—¡Mi pobre madre!—sollozó la joven.—¡Más valía que Dios me hubiera llevado á mí!

—No ha sido esa su voluntad, y es necesario consolarse y conformarse con lo que ha dispuesto—observó la vecina del otro lado:—Yo no sé, pobrecita, por qué te has obstinado en venir hasta el cementerio.

—No he querido dejar á mi madre hasta depositarla en tierra, señora. La pobre no tiene á nadie que la llore más que á mí.

En aquel instante, un joven vestido modestamente pasó junto al féretro, y vió á la joven que iba detrás.

—¡Anastasia!—exclamó,—¿quién va ahí?

—¡Mi madre!—respondió la joven redoblando el llanto.

—¡Ahl ¡infeliz!—dijo aquél echando á andar á su lado.—¿Se ha quedado usted sola?

—Sola, amigo mío.

—¿Por qué ha rehusado usted la oferta que le hice de partir mis pobres recursos? Sólo soy un escribiente; pero ahora no quedaría usted sin amparo ni socorro... porque ese hombre ningún apoyo moral ni material podrá darle.

Anastasia inclinó la cabeza.

—Ya sabrá usted la verdad—prosiguió su pretendiente, que era el escribiente de loterías que cada mañana la acompañaba al taller:—el que se había fingido soltero es casado y mal esposo, pues su mujer pasa con él el purgatorio.

—¿Qué dice usted?—exclamó Anastasia como herida por el rayo.

—¿No lo sabía usted? ¡Perdón, amiga mía, perdón!

—¡No, dígalo usted todo!—repuso la pobre huérfana con una impaciencia febril.—¿Luis es casado?

—No se llama Luis. Se llama Federico, y es el Conde de Revilla. Se casó hará unos dos años.

—¡Ahl ¡Era ante las cenizas de mi madre, cuyos consejos desoí, donde yo debía llevar este horrible desengaño!—exclamó la joven.—¡Hágase en todo la voluntad de Dios!

—Mi interés por usted me ha obligado á averiguar quién era ese hombre—prosiguió el joven.—Yo pensé que de antes estaría usted ya desengañada; ahora siento haberle dicho á usted nada.

Anastasia no tuvo fuerzas para responder.

El joven guardó silencio también, respetando aquel mudo y doble dolor.

Así que llegaron al cementerio, se depositó el cadáver en una humilde fosa, en la que el sacerdote clavó una cruz de madera negra.

Anastasia vió con ojos secos cómo llenaban de tierra el lecho mortuorio de su madre; arrodillóse después sobre la sepultura, y rezó fervorosamente durante algunos instantes.

Luego salió de la mansión de los muertos, al parecer tranquila, y se encaminó á su cuartito acompañada de las vecinas.

Pero no bien llegó á él, la sobrecogió un frío nervioso y tuvieron que acostarla.

Aquella noche se le declaró un ataque cerebral, y, dos días después, dormía al lado de su madre en el cementerio.

Habían muerto en un día su madre y su dicha.

Anastasia no pudo resistir á la pérdida de todo lo que tenía de caro en el mundo.